

ARQUITECTURA

A *Artes de México* dedicó su número 89 al arquitecto mexicano Manuel Parra. Un tributo a uno de los grandes de la arquitectura mexicana y que aparece celebrando el 20 aniversario del "renacimiento" de esta publicación que tan acertadamente dirigen Alberto Ruy Sánchez y Margarita de Orellana.

El *Caco* Parra fue un arquitecto, un gran arquitecto, que navegó siguiendo una ruta propia; que asumió y vivió su tiempo y su lugar a su manera. El lugar fue, sobre todo, la ciudad de México y el tiempo, aquel en que se implantaba en nuestro país una manera consagrada de hacer arquitectura moderna. Frente a estas condicionantes, *el Caco* optó por una manera propia de entender el lugar y a partir de una lectura cuidadosa y personal de nuestras maneras de habitar realizó su obra; por retomar del pasado vivo sus enseñanzas y se negó, concientemente, a subirse al carro de la modernidad. No es la actitud de quien trabaja en los bordes o de quien actúa desde la resistencia. Es (y digo es, en presente) una actitud necia de afirmación que molestó a muchos de sus contemporáneos pero que muchos otros ahora valoramos.

Margarita de Orellana nos dice en el *Editorial*: "esta edición es una carta de amor a Manuel Parra y, como tal, desafía la penumbra en la que él deseaba permanecer". Celebramos el espíritu con que fue concebida esta edición, ya que no es el clásico acercamiento erudito a la obra de un autor, sino una serie de textos escritos en primerísima persona sobre una obra realizada por un profesional que además de amar la arquitectura, se apasionó por la conservación del patrimonio, la escenografía para el cine, la vegetación, la naturaleza "y el cielo abierto" (como nos dice Carmen Parra), los colores, las texturas, la luz y las sombras y que supo disfrutar del buen comer y el buen beber, de la buena música y la buena conversa.

El Caco Parra

OTRA MANERA DE HACER

ECTURA

Rodolfo Santa María.
Métodos y Sistemas

(primera de dos partes)

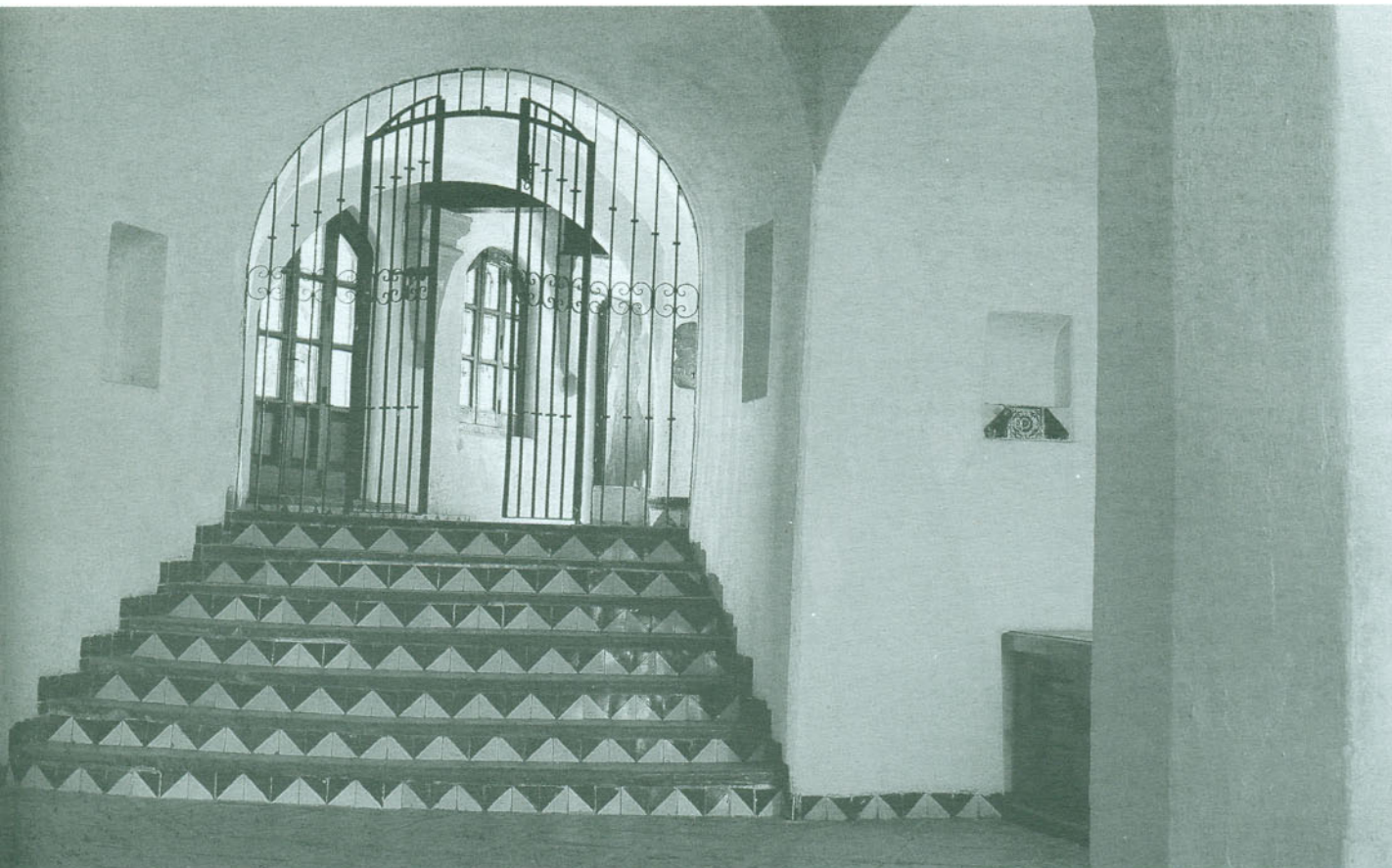
Rincón afectivo: Un romántico del siglo xx. Ida Rodríguez Prampolini

Ida Rodríguez nos dice que Manuel Parra es un personaje difícil de enmarcar dentro de la historiografía convencional. Identifica como actitudes románticas de su obra "el predominio de la pasión sobre el raciocinio", "la insatisfacción del mundo y sus circunstancias", "lo temerario sobre la prudencia" y a su autor como "alguien que defiende su libertad".

Al referirse a la visión que tuvieron de la obra de Parra algunos de sus contemporáneos, nos dice que "cuando se cataloga la arquitectura de Parra como romántica o folklorista se está tratando con bastante miopía de excluir su obra de la historia de la arquitectura mexicana". Una exclusión que parte más de la imposibilidad de inscribir su obra dentro de un esquema preconcebido, que del análisis mismo de la obra. Ida Rodríguez nos llama a estudiar con rigor la obra de Parra, advirtiéndole a los jóvenes investigadores que "les esperan muchas sorpresas". Y la sorpresa estaría, según ella, en "lo que constituye su verdadera fuerza e importancia. Parra [...] logró romper la falsa barrera entre arte culto y arte popular".

Rincón revalorado: Poeta de lo cotidiano. Carlos Mijares

En este apartado Carlos Mijares, otro de los grandes de la arquitectura mexicana, se ocupa de la relación de Parra con su tiempo diciendo: "la obra de Manuel Parra se presenta como una manifestación abiertamente excéntrica e insólita". "Excéntrica porque se mantiene al margen y no hace concesiones a ninguno de los movimientos que aparecen y desaparecen en su tiempo" e "insólita porque descubre un lenguaje que logra estructurar con sólida consistencia y mediante el que expresa con fuerte y atractiva personalidad".



En un diálogo con quienes sólo supieron ver en la obra de Parra la obediencia y respeto a los materiales seleccionados, Mijares nos dice: "leer la arquitectura a partir de los materiales usados en su construcción, y calificarla a partir de sus formas en lugar de percibir sus espacios, equivale a valorar una obra musical con base en la belleza y la calidad de los instrumentos que integran la orquesta, sin escuchar la sonoridad de la composición". Mijares resalta el valor de los recorridos, de las secuencias, de las relaciones entre espacios y la manera en que Parra confina sus espacios y los ilumina. Ello, nos dice Mijares, "son evidencias de que tras esos ambientes hay un gran arquitecto, alguien que es capaz de concebir sus obras no como una acumulación de piezas más o menos seductoras, tampoco como un manifiesto ideológico más o menos virulento, sino como una síntesis de valores de diversas escalas".

El de Mijares es un bello texto dedicado a quien él llama "un verdadero poeta de lo cotidiano". Es una plática entre poetas.

Rincón íntimo: Apuntes sobre mi padre. Carmen Parra

Incluir este texto fue un gran acierto. ¿Quién mejor que su hija para hablarnos de nuestro arquitecto en primera persona?

Carmen Parra inicia su texto hablándonos del padre desde la mirada de la hija: "Era alto, delgado, con su rostro de hidalgo andaluz, nariz aguileña y bigote, siempre con una sonrisa sarcástica y un parche en el ojo izquierdo". Se vestía con sacos de *tweed* y camisas hechas especialmente para él que tenían botones de cuerno, pantalones de tela de charro o de lana de San Martín Texmelucan; botas charras, cinturón piteado con hebilla de plata, paliacate en la bolsa del saco, y olía a un perfume que él mismo fabricaba con la esencia de vetiver que tanto encantó a las mujeres". Una frase que llena de vida y de frescura esta revista dedicada a la arquitectura.

Desde una mirada en la primera fila en que se sentó desde siempre con su padre, Carmen nos dice: "Envuelta, arropada por esos espacios, fui forjando una mirada en-

marcada por las ventanas de la arquitectura de mi padre. Y así quedó estructurada, de forma definitiva, mi manera de ver el mundo". Y aquí Carmen Parra nos produce una gran envidia; sus palabras no son parte de un discurso prefabricado, forman parte de una manera de ver el mundo, un universo en el cual la arquitectura es un personaje protagonista. Escrito en primera persona, este texto nos emociona al leerlo y releerlo. Detrás de él se nos aparece, una y otra vez, el Manuel Parra vivo, agudo y caprichoso que la mayor parte de nosotros solo puede llegar, en el mejor de los casos, a intuir.

Rincón multiplicado: Tres miradas sobre Parra. Derek Dellekamp

Contrario a lo que el título podría sugerirnos, no se trata de la mirada de tres individuos sobre la obra de Manuel Parra, sino de tres puntos de observación de un sólo individuo sobre ella. Derek Dellekamp es arquitecto y poblador de una de las casas proyectadas por el Caco: "un espacio de libertad, de recuerdos, ideales, sueños, y de un inmenso deseo de convertir la vida en un juego y así resaltar la dignidad de los individuos". La imagen de un usuario que llenaría de gozo a cualquier arquitecto.

El autor llama a la arquitectura de Parra *arquitectura orgánica* "por la forma indefinida de recorrerla, por la libertad con que se desenvuelve y se pliega" y, mejor aún, *arquitectura líquida*, "ya que afirma que lo que es sólido es lo que pretende permanecer, entiende de manera inmediata que nada permanece" y agrega "En esta propuesta, Parra se convierte en un escultor del espacio".

A diferencia de los autores anteriores, Derek Dellekamp nos dice que su encuentro con Parra "ocurrió durante los últimos años de su vida" y descubrió que la arquitectura que el conocía desde niño y el arquitecto que conoció en su madurez eran dos partes de un mismo ser.

Rincón descifrado: Una forma sensual de hacer y habitar. Víctor Ortiz

La de Víctor Ortiz (profesor de nuestra División) es la mirada de un arquitecto que supo leer y entender la obra y la persona de Manuel Parra y que convivió con él hacia el final de su vida.

En *el camino*, Víctor Ortiz nos habla, de hecho, de dos caminos: el suyo, que inicia en el cómo y cuándo conoció a Manuel Parra y que acompaña a todo el texto y el otro, el tema central de este apartado, que se ocupa del recorrido profesional de Manuel Parra, un camino "no explorado, en el que se abrió brecha a machetazos". Para explicarse esa manera tan diferenciada de hacer arquitectura de sus contemporáneos, el autor elabora una hipótesis: "Manuel Parra desarrolló, desde muy joven, una afición *mexicómana* muy particular, que lo llevó a viajar por el país recorriendo los caminos y viendo las cosas con la frescura y el entusiasmo de los peregrinos de épocas pasadas".

El sentido del apartado *La vida y obra* podría resumirse en esta frase del mismo Víctor Ortiz: "Parece que no, pero yo creo que es la clave: el hábito sí hace al monje".

Es un llamado a ver con cuidado la obra de Parra, "pero sin olvidar que no se puede separar la vida, la personalidad, el temperamento y la manera de ver el mundo, pues de la encarnación de todo ello nace una manera de hacer". *Equivalencias*: Es otra lectura y otra narrativa del camino seguido por Manuel Parra, solo que esta vez desde las otras voces que no son, al menos directamente, arquitectura. Voces que provienen de un universo en el que caben lo mismo los escritores de revistas como *Ulises*, *Contemporáneos* y *El Hijo Pródigo* y una amplia gama de pintores y pintoras cuyo punto de encuentro era que "buscaban la construcción de una identidad nacional, más allá de los lugares comunes".

Vico cierra su intervención hablando de la relación personal que tuvo con Manuel Parra y que guarda en su memoria: uno de cuando lo conoció y otro de la despedida. Dos momentos cargados de significado que comparte con nosotros. <ed>

